

LA TAUROMAQUIA DE PEPE HILLO Y EL NACIMIENTO DEL TOREO MODERNO

Jesús Daniel Laguna Reche
PROFESOR DE ENSEÑANZA SECUNDARIA
CENTRO DE ESTUDIOS PADRE SUAREZ GUADIX

Para los aficionados a leer episodios de la historia del toreo y biografías de los principales toreros de la historia, el nombre de Pepe Hillo es muy conocido. José Delgado Guerra, nacido en Sevilla en 1754 y muerto por la cornada de un toro llamado Barbudo en la antigua plaza de Las Ventas de Madrid el 11 de mayo de 1801 a los 47 años, no sólo quedó en la memoria por sus hazañas vacunas y por su trágica muerte. Torero que hizo fama dentro y fuera de su ciudad natal, que tuvo un papel importante en la creación del toreo moderno, el que ha llegado a nuestros días, pasó a la historia de la fiesta nacional por escribir y publicar en la ciudad de Cádiz en 1796 un tratado de tauromaquia para explicar lo que su experiencia le dictaba acerca de cómo debía realizarse la lidia, como queriendo limpiar de impurezas la práctica tauromáquica y defenderla de las tendencias prohibicionistas propias del pensamiento ilustrado, aquel por el que tan sarcásticamente calificó a su siglo, el XVIII, como fino. Como ya expliqué en esta misma revista el pasado año, el rey Carlos III había prohibido la mayor parte de las corridas de toros en 1785 y había recordado la prohibición en 1786 y 1787 debido a los incumplimientos. No es por tanto ninguna casualidad que Pepe Hillo se lanzase a escribir en defensa del toreo en la fecha en que lo hizo. Como otros matadores de su tiempo, le tocó vivir una época de leyes que pretendían acabar con la fiesta de los toros, leyes que no comprendía la gente del pueblo, en su mayoría analfabeta y harta de sufrir la dureza del trabajo manual y las calamidades de una vida mísera, labradores y artesanos que con aquellos juegos de toros disfrutaban y se olvidaban por un rato de sus problemas. Pepe Hillo quiso dar al toreo la dignidad de materia merecedora de ser escrita y divulgada, de la misma manera que otras personas escribían libros de temáticas tan variadas como técnicas de destilación, disección de animales, tipos de minerales o cultivo de olivos. Le dio al toreo categoría de objeto de estudio, de materia respetable de conocimiento, siendo así los toreros dignos de consideración por ser los expertos en la materia de la misma manera que un tapicero era el especialista en el arte de tapizar o un maestro albañil en el arte de la construcción. Y a pesar de no ser él un hombre culto, como especialista en su arte, el de la lidia, se lanzó a escribir su tratado de tauromaquia, empleando un agudo sentido de la ironía al decir que en aquellos tiempos se escribía hasta de las castañuelas. Pepe Hillo merece el recuerdo por ser quien dio a la lidia la categoría de arte a través de la pintura, como su contemporáneo y admirador Francisco de Goya lo hizo a través de la pintura.

A continuación, ofrezco casi completo el prólogo que el mismo autor escribió para su libro. Quien quiera leer la obra completa, que no es muy larga, puede optar por la edición que realizó hace ya muchas décadas el insigne escritor sevillano Manuel Chaves Nogales, un clásico imprescindible para los amantes del toreo, reeditada en varias ocasiones; pero si quiere leer el texto con la pureza original del año 1796, puede descargar gratis en formato pdf el ejemplar de la Biblioteca Digital de la Junta de Castilla y León en la siguiente dirección:

https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=10077281

Señor lector:

No hay duda que en un tiempo en que está en su punto la afición a los toros y tan adelantado el arte de torear, hacía falta una obrilla que demostrara sus reglas, realizara sus suertes y patentizara el débil y fuerte de un arte tan brillante, que no sólo arrastra tras sí el afecto español, sino el de todos los extranjeros que ven y observan las lidias.

Este motivo y el conocer que no obstante de estar en un siglo tan fino que se escribe hasta de las castañuelas, no ha habido uno siquiera que hable del toreo, me ha empeñado aún más en ser el primero que salga a lucir sus pensamientos e ideas tauromáquicas, fundadas en la sabia experiencia, que es la madre legítima de sus conocimientos. Y como que sin esta experiencia, adquirida por la práctica, y no la especulativa, no es posible acertar, de aquí es sin duda que aunque alguno haya tenido sus pujos de escribir del toreo, no se atreviera a avanzar esta empresa, como insuperable por falta de los conocimientos prácticos.

Yo a Dios gracias pueda echar algunas plantas y revestirme un sí es o no es de maestro; y, con todo, tengo bastante desconfianza del acierto, pero me anima que soy el primero que trata esta materia, y aunque se adviertan algunos yerros en ella, no faltará después quien me los note y corrija.

Al fin, amigo lector, me arrojo a presentaros mi «Tauromaquia», que la contemplo digna de vuestro gusto, de vuestra atención y de vuestra diversión: lo primero porque el toreo es generalmente aplaudido; lo segundo, porque es característico de la nación española y lo han ejecutado y ejecutan sus más lucidos e ilustres brazos. Y lo tercero porque todos gustan de ver los toros, ya por el conjunto de objetos tan gratos que reúnen estas fiestas, y ya por los lances, contrastes y acasos que contienen las lidias.

Que el toro es generalmente aplaudido, no hay necesidad de más prueba que la notoriedad. Lo publica el desatino y el desasosiego de los naturales y extranjeros por ver los toros; lo prueban la alegría de los niños y el júbilo de los viejos, y lo confirman el gusto, complacencia y satisfacción con que las damas altas y bajas hablan de estas funciones y se presentan en sus circos, anfiteatros o plazas. Una mala vaca que corre enmaromada por la calle llama en tanto grado la atención de los que la advierten, que a un tiempo dejan sus respectivos destinos y corren gustosos a verla; de forma que puede decirse que la afición de los toros nace con el hombre mismo, y particularmente en España.

No hay duda de que en esta nación famosa se ejercita el toreo desde que hay toros, porque siendo propio de los hombres el burlar y sujetar a las fieras de sus respectivos países, ninguno mejor habrá ejecutado mejor esta máxima que los españoles, que sobresalen tanto en valor y sus toros son los más valientes, fieros y feroces que se conocen. Y de aquí es sin duda que los más de nuestros héroes han blasonado de

toreros. (...) Y véase cómo los brazos más ilustres de la nación han sostenido y sostienen la grata y noble afición del toreo.

El espectáculo de estas funciones llama la atención de todos. En el conjunto de individuos de uno y otro sexo se ve brillar en su punto la ostentación, primor y compostura. Y en la lidia se observan acciones continuas de admiración y gusto. Se mira una fiera, acaso la más feroz, burlada por los hombres en términos que parece imposible, luciendo en estas acciones cruentas una habilidad la más sublime, en cuanto lleva su fundamento en el valor y el espíritu. Y es de tenerse presente lo que sobre el toreo dijo la reina Amalia, a saber: “que era una diversión donde brillaban el valor y la destreza”.

Lejos de aquí los genios pacatos, envidiosos y aduladores que han tenido valor de llamar bárbara a esta afición. Sus razones son hijas del miedo, producidas por envidia y acortadas por su suma flojedad e indolencia. Quien ve los toros desmiente con la experiencia misma las máximas y sistemas de semejantes entusiastas. Allí reconoce que el valor y la destreza aseguran a los lidiadores de los ímpetus y conatos de la fiera, que al fin da el último aliento en sus manos. Y no es argumento que alguna vez perezca un torero. Pocos son los juegos y diversiones donde no haya iguales contingencias. En la pelota, el truco, la barra, raqueta, el mallo y otros juegos de violencia se han visto morir muchos casualmente. La afición de nadar y la de los caballos han pasado más hombres al sepulcro que han muerto y pueden matar los toros. ¿Y por eso será justo, será racional que se prescriban aquellos juegos y estas aficiones? No hay uno siquiera que lo diga ni que las repunte por bárbaras. ¿Luego por qué no han de decir lo mismo del toreo y en que se versa identidad de razón, y la ocasión de morir es más remota que en las aficiones de nadar y de los caballos? Y si no, véanse las corridas de toros que se ejecutan de continuo y al cabo del año se hallará que apenas hay un hombre herido o muerto.

En principios de este siglo, que el toreo de a pie era bien conocido, no se tenía por ocasión próxima, con que con mayor razón deberá correr esta opinión en el día, que se mira adelantado el arte de torear hasta su término posible. Vino José Cándido para abrir la puerta a la finura y seguridad de las suertes, y han perfeccionado sus máximas los famosos Joaquín Rodríguez (alias Costillares), Pedro Romero y Juan Conde (en que yo también he dado mis pinceladas) y descubierto otras menos sublimes y finas. «Al fin tratamos los toros con el mismo desprecio que si fueran carneros», expresión de que usó un caballero moro la primera vez que vio en Cádiz una corrida de toros.

Por último, señores, mi obra lleva por objeto dar reglas a los aficionados y toreros para que se conduzcan con seguridad en las suertes y que los espectadores instruidos a fondo en los fundamentos elementales de la tauromaquia sepan decidir sobre el verdadero mérito de los lidiadores, adquiriendo por ella un conocimiento que le ha de hacer mucho más grata la diversión. Celebraré tener la gracia del acierto y la de mis lectores, que es el mayor triunfo que puede alcanzar un escritor.